

usted sólo, acuérdesese, y el mundo no existirá para usted.

»Reflexione usted y piense que la amo como nadie podrá amarla, que la ofrezco una felicidad que nadie podría ofrecerla.

»Por lo demás, nada tiene usted que temer.

»Ni su vida ni su reposo están en peligro.»

No había firma, ¿para qué?

Benedetta no podía abrigar dudas.

Se hundió en un ancho sillón blando y muelle, ocultó su rostro entre las manos, y se abismó en profundas reflexiones.

La desgraciada pasó así la noche entregada á sus pensamientos, sin querer probar ninguno de los succulentos manjares que misteriosamente colocaron en el comedor.

VI

El viajero

Al día siguiente, á las siete y media, en la calle del Circo, en la habitación donde Matilde había recibido á Jacobo Mosés, la joven terminaba un tocado de *soirée*, ayudada por una esbelta y hermosa muchacha que en todos los viajes de la señora de Dantenac ocupaba el lugar de la doncella, que quedaba en Lisboa, para mayor libertad de la señora.

La joven Estefania era aquella morena

buena moza que Pedro Dantenac había visto la vispera en el fondo del patio, entretenida con los criados.

—La señora estará encantadora esta noche—decía Estefania mientras sujetaba por la espalda las cintas de un elegante corpiño de baile, rosa y crema, á mil rayas, escandalosamente descotado, dejando al descubierto el nacimiento del pecho, perfumado y pulido como el marfil. —Sin embargo, me parece que no está muy contenta.

Estefania sujetó por fin las cintas y dió el último toque á una guirnalda de rosas de té destinadas á adornar la cintura de la hermosa Matilde.

Y como la señora no contestase nada, añadió:

—Cualquiera diría que ha recibido usted una mala noticia.

Matilde iba á responder, pero se vió sorprendida por un fuerte campanillazo que se oyó en el vestibulo.

Estefania corrió á la puerta, la abrió y se encontró enfrente de un viajero lleno de polvo que se presentaba con una maleta en la mano.

—Caramba—dijo,—el señor Dantenac! E interiormente pensó:

—Ya pareció aquello, la mala noticia. ¡El marido!

Volvió en seguida al tocador gritando.

—Señora, es el señor.

El era en efecto.

Se precipitó á la habitación diciendo:

—No me esperabas, ¿verdad? Es una verdadera sorpresa.

—No, no lo creas. Estaba prevenida de tu llegada... He visto al barón... sé que te ha puesto un telegrama... Te esperábamos todavía antes.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Matilde no parecía triste ni alegre. Conservaba su aire indiferente, medio altanero, medio agradable.

—Apenas hace cuatro días que te he visto—decía Dantenac,—y ya se me figuraba que hacía largos años. He recibido, en efecto, un telegrama del barón Mosés—prosiguió;—pero por desgracia ha llegado con un día de retraso. De haber llegado antes me hubiera evitado el aburrimiento de tan largo viaje, que ha sido tan fatigoso haciéndolo solo, y tan agradable si lo hubiera hecho en tu compañía.

Pedro Dantenac había tenido que hacer un poderoso esfuerzo sobre sí mismo.

Poseía por completo toda su tranquilidad. Una verdadera satisfacción se pintaba en su rostro, en toda su persona.

—Yo no sabía—dijo—que causara tanta alegría encontrarse en París después de una ausencia de algunos meses. Ahora me hago cargo de tu aburrimiento allá en Lisboa, de tus deseos de venir.

La joven estaba dotada de una inteligencia penetrante; sin embargo, la engañó la serenidad de su marido.

¿Cómo desconfiar de un hombre cuyas

palabras se inspiraban todas en el amor, y parecía tan naturalmente satisfecho por el placer de encontrarse á su lado?

La conversación tomó después el curso ordinario.

—¿Y sabes para qué te llaman?—le preguntó Matilde.

—Ni siquiera lo sospecho.

—¿Si fuera para no marcharnos más!

—Me agradaría, pues que ese es tu deseo. ¿El barón no te ha dicho nada?

—Ni una palabra. Está muy preocupado. No le he visto más que un instante.

—¿Es por mí por quien te estás ataviando tan deliciosamente?

—Por tí... y por los demás—dijo la joven con un asomo de coquetería.

—Gracias—la dijo él sonriendo.

—¿Y has traído buen viaje?

—Muy bueno. Sin embargo, largo y aburrido. Hubiera querido reunirme con el tren en que tú venías.

—¿Para qué?

—¡Pues para estar más tiempo contigo!

—¡Qué tonto!

—¡Harás muchas conquistas esta noche, Matilde!

Ella se encogió de hombros coquetamente.

—Tanto mejor—dijo.

—¿Deseas agradar?

—Búscame una mujer que no lo desee.

—¿A quién?

—¡Ese es mi secreto!

—Pero...

—A tí, quizás. ¿Vendrás á cenar con nosotros?

—¿Dónde?

—En casa del barón.

—¿A qué hora?

—Pues á la hora de siempre; á las ocho.

—¿No me esperan?

—Sí.

—Sin embargo, me excusarás... Acabo de llegar y tengo que hacer algunos preparativos... Iré á eso de las diez.

—Como gustes.

La joven había terminado su tocado.

Era una suprema manifestación de belleza y elegancia.

Los brillantes daban extraño realce á aquella hermosura morena y verdaderamente completa. Un collar de perlas se arrollaba, como una serpiente, á las líneas firmes y puras de su cuello. Sus ojos, húmedos, brillaban en aquel rostro de judía afrancesada, mitad parisién, mitad oriental. Había una gracia suprema en toda su persona: esbelta, ondulante y con una seducción infinita.

—Es la hora—hizo notar Estefanía, que iba discretamente de la sala al tocador, afectando no enterarse de las palabras de los dos esposos, y en realidad sin perder una sílaba de la conversación—La señora va á dejar perder el efecto de su presentación.

—¿Esta esperando el coche?

—Desde hace un cuarto de hora.

Matilde concluyó de ponerse los guantes, unos guantes interminables que la llegaban más arriba del codo, y colocándose delante de su marido, le dijo:

—Pues bien, he terminado. ¿Cómo me encuentras?

El estaba sentado en un silloncito bajo.

Se mordió los labios, tratando de contenerse; la contempló medio minuto con los ojos llenos de amor, y contestó suspirando:

—Deliciosa, demasiado bella, cien veces demasiado. Soy excesivamente rico, y tengo mucho miedo á los ladrones.

Ella replicó, volviéndole la espalda:

—¡Miedoso! Hasta luego.

—Hasta luego. No dejes de anunciarme, te lo suplico.

La joven se retiró seguida de Estefanía, que al marcharse le lanzó una mirada de compasión, en la que se notaba un principio de desdén.

Evidentemente Estefanía debía estar al corriente de ciertas cosas, y Pedro Dantenac la inspiraba la compasión que se siente por las gentes demasiado fáciles de engañar.

Dantenac lo comprendió; pero no se dió por entendido.

Prestó atención; á poco oyó el ruido que producía el carruaje al alejarse hacia la avenida Gabriel, y entonces su rostro cambió de expresión.

De alegre y satisfecho, pasó á ser amenazador y sombrío.

Fijó sus ojos, que se habían vuelto de color de acero, como cambia el azul del cielo antes de la tempestad, en el diván sobre el que Jacobo y Matilde habían estado sentados la víspera, y se dijo:

—¡Aquí es donde los he visto juntos!... Se aman... Ella es suya, y yo... ¿qué soy? ¡Soy objeto de burla, de mofa, de escarnio!...

Entonces se acordó de la ironía muda de Estefanía.

—Los criados lo saben. Se burlan de mí. Sin duda dicen: «Está bien pagado para callarse.»

Al quedarse solo, Pedro Dantenac paseó nerviosamente por aquellas habitaciones, testigos de la traición de Matilde, á la que había profesado una adoración sin límites, maldiciendo al ídolo que había caído del pedestal.

Buscó por todas partes con furor las pruebas de su falsedad, de su amor criminal, y las encontró sin trabajo.

Matilde no había tomado la precaución de hacerlas desaparecer.

¿Y por qué había de hacerlo?

¿No tenía una excusa siempre dispuesto en los favores que debía á los Mosés en su intimidad, y en el agradecimiento que debía á sus bienhechores?

En el gabinete, en la misma alcoba había muchos retratos de Jacobo Mosés, y en un cajón encontró una admirable fotografía del niño de Plessis-Mortcerf, que Dantenac había tenido ocasión de ver

aquella misma mañana en una excursión que con ese solo objeto había hecho, acompañado de Marieta.

Cartas no encontró ninguna.

Matilde tenía demasiado talento para conservarlas.

Por lo demás, Pedro Dantenac no tenía necesidad de ellas. Sabía demasiado.

¿Qué le importaba un testimonio de más ó de menos?

A las diez, cuando bajaba vestido de frac, con corbata blanca, peripuesto como un mozalbete, con el abrigo sobre el brazo, el bastón en la mano y el cigarro en los labios, Estefanía estaba en el portal de la casa.

La joven no pudo evitar una sonrisa.

Seguramente en aquel momento la parecía muy bien, con su elegante apostura y su cuerpo de atleta.

El la saludó cariñosamente al pasar.

El ayuda de cámara del barón Mosés, Próspero Lagrippe, que ocupaba una habitación en la casa, se acercó á la muchacha, que le dijo, señalando al marido de Matilde que se alejaba tranquilamente á pie:

—¡Es todo lo que se llama un buen mozo!

—¿Le gusta á usted?

—Ya lo creo.

—Pues bien, eso no es obstáculo para...

Estefanía impuso silencio al murmurador.

—¿Usted qué sabe?—le dijo.

—¡Bah! Estoy bien enterado de todo... El lo toma con mucha calma. Tiene dinero, que es lo esencial... Ya me pondría yo en su lugar.

El ayuda de cámara no desmerecía nada en concepto de Estefania por esta franqueza.

Si Pedro Dantenac hubiera oído aquella conversación, hubiera quizá destrozado á aquel miserable de un puñetazo, pero no hubiera aprendido nada nuevo.

Desde la sorpresa de la víspera había comprendido todos los aspectos de la situación.

Era desesperada.

Su amor y su reputación perecían en aquel desastre.

El mundo, acostumbrado á las bochorrosas transacciones de estos tiempos de decadencia, al infame culto del becerro de oro, no podía mirarle más que como un marido complaciente pagado con un sueldo enorme, como tantos otros.

Una espantosa cólera se apoderaba de él, al pensar la facilidad con que había caído en el dorado lazo que con tanta habilidad le habían tendido.

Acariciaba en su cerebro los más feroces proyectos, y con la astucia del cazador y la constancia del campesino, que había en él, se preguntaba el medio de ponerlos en ejecución.

A las diez y media, cuando entró en el hotel Mosés, había tranquilizado por

completo su rostro, dando así una prueba de su poderosa fuerza de voluntad, y tenía todo el aspecto de un hombre dichoso.

La voz del criado que anunciada: «El señor Dantenac», se perdió en la inmensidad del recinto, en medio del tumulto de las conversaciones.

El joven atravesó entre la multitud, dirigiéndose directamente al viejo barón, que hablaba en un rincón con el marqués de Causedé, y se inclinó delante de él.

—¡Ah, por fin ha llegado usted!—dijo el banquero.—¿Cuándo ha recibido usted mi despacho?

—El viernes por la mañana, señor barón.

—Pues le mandé el jueves.

—Sin duda se ha retrasado, y, además, en España andan los trenes á paso de carreta.

—Bien. ¿De manera que desde cuándo está usted aquí?

—Desde las seis, señor barón.

—Más vale tarde que nunca.

Al oír esto, Causedé miró fijamente á Pedro Dantenac, que no pudo impedir que le subieran los colores á la cara.

El viejo Mosés continuó:

—¿Y el negocio, cómo anda?

—Está dispuesto para concluir.

—Pues es necesario acabar.

—Es muy fácil.

—Nuestros adversarios empiezan á moverse... Se trata de suplantarnos... ¿El

ministro, acepta nuestras condiciones?

—Absolutamente todas.

—¿Entonces, por qué vacila usted tanto antes de firmarlo?

—Porque deseaba ver á usted.

—¿Para qué?

—Para decirle que será dinero perdido.

—¿Perdido por quién?

—Por los suscritores.

—¿Está usted encargado de cuidar por sus intereses?

—Es materialmente imposible que Portugal pague...

—Eso es cuenta suya... La nuestra es cobrar la comisión.

—La pérdida será enorme.

—¿Y eso, qué nos importa?... Peor para los otros.

Y al ver que Pedro Dantenac se mordía sus bigotes rubios sin saber qué decir, el barón añadió brutalmente:

—Querido mio, en el mundo de los negocios hay dos clases de seres: los que devoran y los que son devorados. Creía que había en usted más talento y más decisión. ¿Me habré equivocado? Esos escrúpulos me asombran. Si insiste usted en ellos, dígalo, pues pronto le reemplazaré. Esto no puede decirse por escrito y es la razón por la que quería ver á usted... Decídase pronto.

El acento del banquero era incisivo y cortante como un cuchillo.

Pedro Dantenac pensó un momento antes de contestar.

Acababa de distinguir á Matilde, que se paseaba entre la multitud del brazo de Jacobo Mosés.

El barón vió que sus ojos se fijaban en la joven.

—Con esos prejuicios—replicó—no se gana el dinero fácilmente; se puede ser un empleado modesto y no casarse con una joven que necesita coches, un hotel, vestidos de Felix ó Wort y collares de perlas que cuestan cien mil escudos... ¿No es cierto?

Pedro Dantenac dijo friamente:

—Tiene usted mucha razón, señor barón.

—¿De modo que estamos conformes?

—Sin duda alguna.

—¿No vacilará usted?

—Nunca, ¿qué debo hacer?

—Siento tener que decírselo á usted. Hay que volver á Lisboa inmediatamente.

—Estoy á sus órdenes.

—No lo olvide usted; corre mucha prisa.

—Perfectamente, me marcharé mañana mismo, ¿y después?

—En cuanto llegue usted á Lisboa, no hay que hacer más que firmar el convenio y ultimar el asunto... Quinientos mil francos para usted de comisión... Le he prometido la fortuna, y se la doy. ¿No es verdad, Dantenac?

—Es cierto, señor barón.

El marqués de Causédé que se había separado un momento, se aproximó.

—Si no molesto...—dijo alegremente.

—Usted, nunca, amigo mío—dijo el banquero;— ya hemos terminado, y además, ¿no es usted de la familia?

Y añadió dirigiéndose á Dantenac:

—Conque... ¿es cosa convenida?

—Sí, señor.

—¿Se marchará usted mañana?

—Mañana.

El viejo Mosés no tenía costumbre de perder el tiempo con sus empleados.

Sus órdenes eran breves, absolutas.

Se alejó, dirigiendo un amistoso saludo á su protegido.

Pedro Dantenac quedó solo con el marqués de Caussédé.

El marqués le abordó resueltamente.

—¿Sabe usted, amigo mío—dijo,— que he estado á punto de descubrirle hace un momento?

—¿A mí?—dijo Dantenac sobresaltado.

—Sí, á fé mía, y por cierto que hubiera sido involuntariamente.

—¿Pero, cómo?

—Verá usted. Acabo de oírle decir que ha llegado á París esta misma tarde.

—En efecto.

—Sin embargo, hace más de veinticuatro horas que está usted aquí.

—Pero usted sabe...

—Estoy completamente seguro... le he visto á usted el domingo á las seis?

—¿Dónde?

—En la calle del Circo; salía usted de su casa con una joven que yo conozco.

—¿Marieta Soubére!

—Así se llama. La llevó usted luego hacia los Campos Elíseos.

—Es cierto.

—¿Ve usted como estoy bien informado?

—Señor marqués—dijo Pedro Dantenac muy turbado;—usted ha sido siempre un amigo para nosotros... al menos así lo he creído.

—Y lo soy ahora más que nunca.

—Creo que puedo contar con su discreción.

—Seguramente.

—Pues venga usted. Voy á decirselo todo.

Pasaron á la maravillosa galería acristalada que servía de prolongación al salón y allí, completamente solos, pudieron hablar con libertad.

Dantenac refirió al marqués en pocas palabras, de una manera concisa y clara, la tremenda infamia que había tenido ocasión de presenciar, su desesperación, su dolor, su sed de venganza, y en seguida le dijo cómo había encontrado á Marieta y la misteriosa desaparición de su hermana, de aquella desventurada Benedetto.

Caussédé se mordía los labios asombrado.

Se proponía averiguar el paradero de la joven; pero aquello no era cosa del momento, como el drama que se estaba preparando por la imprudencia de Jacobo Mosés.

Aquel marido ofendido, aquel hombre desesperado, representaba la venganza que al fin llegaba sin que él hubiera tenido necesidad de descender á una baja acusación.

¡Todo lo había hecho la falta de previsión de los amantes!

Caussedé triunfaba.

Le era necesario, ante todo, ganar la amistad de Pedro Dantenac, alejar las desconfianzas que pudiera abrigar después de esta conversación.

—Confidencia por confidencia—le dijo, fijando sus ojos francos y limpios en el marido de Matilde,—yo los odio, los detesto más que usted... Es una historia muy antigua. Bástele á usted saber que hace muchos años que les finjo cordial amistad y no hago más que preparar mi venganza. Con los poderosos no puede obrarse de otro modo. Tienen demasiados medios de defensa y pueden suprimir á su enemigo si les estorba. Le aconsejo á usted que se guarde muy bien si se pone á luchar con ellos... Yo soy su mayor enemigo y espero la hora de la justicia.

—¡Pronto llegará!—dijo en voz baja Pedro Dantenac.

—Y, sin embargo, usted se vuelve á Lisboa—dijo Caussedé.

—¿Qué he de hacer, si es esa la orden?

La respuesta parecía terminante; pero el tono con que fué dicha era tan amargo, que el marqués no abrigó ninguna duda.

—Se queda—pensó.

Los dos hombres se separaron.

—Si necesita usted de mí—dijo Caussedé,—ya sabe dónde estoy. Dentro de pocos días podré decir á usted el paradero de Benedetta.

Dantenac se retiró diciendo:

—Cuento con su palabra.

—Adiós.

Pedro Dantenac cruzó entre la multitud, y al punto se vió rodeado por los miembros del sindicato expoliador, que le abrumaron á preguntas sobre su falta de decisión.

A duras penas pudo verse libre de ellos.

En aquel momento, Pedro Dantenac no se ocupaba de los barones exóticos, ni de Lisboa, ni del proyectado empréstito, ni de cantidades, ni de dinero.

Por una casualidad fácil de comprender se encontró apoyado en el umbral de una puerta, como estaba en Plessis-Mortcerf la noche que el barón Mosés le señaló á su futura abandonada en los brazos de Jacobo.

Volvió á verlos como aquella noche, juntos, sin preocuparse para nada de la multitud que los rodeaba, extasiados en la dulce candencia del vals, cuyas frases amorosas les recordaban el pasado.

Matilde se inclinaba sobre el hombro de su amante, y se hubiera creído que él rozaba con sus labios atrevidos los hermosos cabellos negros de la joven.

Pedro Dantenac se clavó las uñas en

los brazos, cruzados delante del pecho. Una explosión de odio implacable le señaló terminantemente su conducta.

Sin duda Matilde le distinguió, porque se incorporó vivamente, y como el vals terminaba, abandonó á su pareja y se fué á él diciéndole:

—Dame el brazo... tengo que hablar contigo.

La joven no manifestaba ninguna torpeza. Estaba tan tranquila como si tuviera completamente limpia la conciencia.

—¿Sabes lo que me han dicho?— dijo apoyándose en su brazo con tanta libertad como lo hacía un momento antes con Jacobo Mosés.

—No en verdad— contestó Pedro fingiendo completa ignorancia.

—Que el barón te vuelve á facturar para Lisboa sin contemplación ninguna.

—Es exacto.

—Me parece que te trata con poco cumplido.

—¿Te parece á ti?

—¿No es también esa tu opinión?

Dantenac hizo un gesto de resignación.

—Yo—contestó,— no tengo derecho á quejarme... debo obedecer... soy un simple empleado.

—¿De manera, que te sometes?

—¡Y qué he de hacer!

—¿Piensas llevarme contigo?

La joven levantaba la cabeza y sonreía coquetamente, con la cara muy cerca de la de su marido, enseñándole sus lindos

dientes, más blancos que las perlas que adornaban su cuello, un espléndido regalo del barón Mosés.

Su justillo muy abierto, sus cabellos rizados, su mano apoyada en el hombro de su marido, todo su ser exhalaba un suave olor que embriagaba.

Dantenac se vió acometido de un furioso deseo de estrecharla en un supremo trasporte de amor y de rabia.

Pero se contuvo.

—Ese sería mi mayor deseo—dijo con voz temblorosa;—pero no puedo imponerte semejante suplicio. Me consta lo mucho que te gusta estar en París.

—¿Y tú?

—Yo... casi no me atrevo á manifestar mis aspiraciones... Nuestros gustos son muy diferentes... Yo quisiera llevarte conmigo á los Pirineos... restaurar la antigua casa de los Dantenac, y poder vivir sin otra ocupación que amarte, adorarte de rodillas.

—No te falta imaginación... Sería chistoso eso que dices.

—Bueno, burlate si quieres; yo no hago más que contarte mis sueños.

—Pues bien, amiguito, hay que dejarse de sueños. Vivimos en un tiempo en que dominan otras ideas, otras costumbres. Cuando se está acostumbrado al mundo, no hay medio de pasarse sin él; el que ha vivido en París no puede acostumbrarse á estar en ningún otro sitio... Déjame aquí algunos días... yo hablaré al barón

Isaac, le diré que deseo que nos tenga en París, que te coloque en las oficinas de la calle Drouot... Ya sé bastante de Lisboa y de los portugueses, y quiero mi París, bien entendido que lo quiero para ti también; ¡para los dos!

Y añadió con gracia exquisita:

—Confío en que el barón me atenderá, y esta será nuestra última separación... Dí, ¿no es ese tu deseo?

Estaba encantadora; era una inmensa caricia.

El la contemplaba con delirio, con una mezcla de amor y odio, casi con espanto.

Se preguntaba cómo había podido educarse en este arte supremo de la mentira, en aquella perfección del engaño y en aquellos refinamientos de la traición.

Y al ver que ella repetía suplicándole con un encanto indecible:

—¿No es eso lo que tú deseas?

La contestó en el mismo tono:

—Ya sabes, mi querida Matilde, que yo no tengo más voluntad que la tuya.

La joven se levantó, estrechó su mano, le dió las gracias con una mirada llena de promesas, y al alejarse se perdió entre las parejas que se preparaban para una mazurka, cuyo prelude dejaba oír la orquesta.

Un momento después volvió á verla bailando con Jacobo Mosés, mientras Caussedé se paseaba del brazo de su prima Elena de Villedieu, que parecía estar muy tranquila, muy desdenosa.

El marqués la iba diciendo:

—Te he pedido un año de paciencia. Quizá no tengamos necesidad de él.

Pedro Dantenac, viendo á Jacobo Mosés con Matilde, comprendía sus palabras sin oírlas.

Matilde decía:

Mañana se marcha para Lisboa... estaremos libres... ¡Cuánto te amo!... ¿Vendrás?

VII

El ultimatum

Dos días después, á las nueve y media de la noche, una berlina pintada de negro se detenía en el boulevard d'Argenson, esquina á la avenida de Roule.

Un hombre descendió del carruaje envuelto en un largo gaban y con el sombrero inclinado sobre los ojos.

No tardó en llegar delante de la verja de la casa donde algunos días antes la honrada señora Piot había conducido pérfidamente á Benedetta para dejarla prisionera.

Oprimió el botón del timbre eléctrico, y al momento la verja se abrió, apareciendo el portero que había recibido á Benedetta, diciendo con su marcado acento alemán:

—¡El señor barón!

Era, en efecto, el barón Mosés el que llegaba.